

1. PRENDER FUEGO A LOS BIÓGRAFOS

“La verdad biográfica es inaccesible. Si tuviéramos acceso a ella, no podríamos hacerla valer.”

SIGMUND FREUD, carta a Martha Bernays,
18 de mayo de 1896

“El psicoanálisis se convirtió en el contenido de mi vida.”

SIGMUND FREUD, *Presentación autobiográfica*
(XVII, p. 119) [XX, p. 67]

Desconfiemos de los filósofos que organizan su posteridad, se guardan de los biógrafos, temen sus investigaciones, las prevén, las suscitan, envían a sus espías al frente para construir un esbozo de narración hagiográfica, destruyen su correspondencia, borran las huellas, queman papeles, escriben en vida una leyenda con la idea de que conformará a los curiosos, mantienen a su alrededor una custodia personal integrada por discípulos útiles para editar, imprimir y difundir las imágenes piadosas diseñadas con aplicación, redactan una autobiografía sabiendo muy bien que el círculo de luz proyectado aquí por ellos mismos dispensa de ir a ver más allá, en la sombra, donde su nido de víboras existencial murmura en un cuasi silencio.

Freud forma parte de esa ralea que quiere las ventajas de la celebridad sin sus inconvenientes: aspira ardientemente a que se hable de él, pero bien y en los términos elegidos por él mismo. ¿La gran pasión del inventor del psicoanálisis? Consagrar toda su existencia a

dar la razón a su madre, para quien Sigmund encarnaba la octava maravilla del mundo. La realidad, casi siempre prosaica, aburre a los autores de leyendas, que prefieren una narración mirífica en la cual triunfen lo imaginario, el deseo y el sueño. Mejor una bonita historia falsa que una lamentable historia verdadera. El falsario hermosea, repinta, arregla las cosas, suprime el triunfo de las pasiones tristes activas en su existencia: la envidia, los celos, la maldad, la ambición, el odio, la crueldad, el orgullo.

El autor de la *Presentación autobiográfica* jamás deseó que se pudiera explicar su obra por su vida, su pensamiento por su autobiografía, sus conceptos por su existencia. Víctima en ese aspecto, como la mayor parte de los filósofos, del prejuicio idealista en virtud del cual las ideas caen del cielo, descienden de un empíreo inteligible a la manera de una lengua de fuego que distingue al espíritu elegido para iluminarlo con su gracia, Freud quiere resueltamente que suscribamos su relato: como el hombre de ciencia que pretende ser, sin cuerpo ni pasiones, habría descubierto, cual un místico de la razón pura, la pepita oculta en lo que bastaba con observar: un juego de niños, con tal de tener el genio necesario...

Ahora bien, como todo el mundo, claro está, Freud se formó con lecturas, intercambios, encuentros, amigos, a menudo transformados en enemigos al cabo de un tiempo; siguió cursos en la universidad; trabajó en laboratorios bajo la responsabilidad de jefes; leyó mucho, citó poco, en contadas ocasiones practicó el homenaje y con frecuencia prefirió la denigración; escribió esto, lo contrario y otra cosa; se cruzó con mujeres, se casó con una, ocultó discretamente una relación incestuosa con otra, tuvo hijos, fundó una familia, cómo no.

En 1885, algunos días antes de cumplir veintinueve años, Freud escribe a Martha Bernays, su prometida, una extraña carta en la cual confiesa el júbilo que le ha provocado la destrucción de las huellas de catorce años de trabajo, reflexión y meditación; ha quemado sus diarios, sus notas, su correspondencia, todos los papeles en los que había anotado sus comentarios científicos; aunque aún son pocos, ha dado sus trabajos al fuego; ya no queda nada. Está exultante.

Este holocausto en miniatura borra para la posteridad, y por tanto para la eternidad, las pruebas de la naturaleza humana, muy humana, probablemente demasiado humana en su opinión, de un personaje que decidió desde sus más jóvenes años que asombraría al mun-

do con sus descubrimientos, capaces de estremecer a la humanidad. ¿Cuáles? Todavía lo ignora, pero no duda de que será ese hombre: el fuego sagrado lo habita e ilumina su camino. Entretanto, el futuro gran hombre —lo escribe explícitamente— imagina la cara que pondrán sus biógrafos (no dice *su* sino *sus*, sin dudar de su número, aunque él todavía no sea nada...) cuando descubran esa fechoría que, por ahora, lo llena de alegría.

Por el momento, ese hombre encantado con la mala pasada que ha hecho a *sus* futuros biógrafos no tiene gran cosa que proponer de memorable: su nacimiento el 6 de mayo de 1856 en Freiberg, hijo de Jakob Freud, comerciante en lanas, y Amalia; el judaísmo de sus padres; su nombre de pila de entonces, Sigismund; su circuncisión; su infancia trivial; sus estudios comunes y corrientes en el colegio secundario; sus años de medicina, durante los cuales se toma su tiempo sin saber demasiado hacia qué especialidad inclinarse; sus investigaciones sobre la sexualidad de las anguilas; una publicación sobre el sistema nervioso central de una larva de lamprea; su servicio militar; la traducción de algunos textos de Stuart Mill; el encuentro con su novia; las peripecias de sus infructuosas investigaciones con la cocaína y, sobre todo, las extravagantes afirmaciones presuntamente científicas publicadas acerca de esta droga que él consumirá durante unos diez años; el tratamiento de sus pacientes por medio de la electroterapia. Nada muy notable para *unas* biografías... Freud tiene, pues, veintiocho años y, al margen de obtener en el plazo más corto una reputación mundial sin saber en concreto por qué medios, su mayor preocupación consiste en ganarse rápido y bien la vida a fin de casarse con su prometida e instalarse en un barrio elegante de Viena y fundar una grande y bella familia. Tal la materia del auto de fe y la mala pasada que cree jugar a los biógrafos por venir...

El episodio de la cocaína podría explicar en parte ese gesto. Obsesionado por la celebridad a la que aspira, ha tomado al vuelo la oportunidad de un trabajo sobre esa droga. Va rápido, experimenta con un solo caso —un amigo— y pretende curar su morfinomanía por conducto de la cocaína; fracasa, lo transforma en cocainómano, comprueba que los efectos producidos no son los que él daba por descontados, afirma pese a todo lo contrario, redacta a toda prisa sus conclusiones, las publica en una revista y presenta esta droga como capaz de resolver casi la totalidad de los problemas de la humanidad. Por el momento, la cocaína alivia su angustia, multiplica sus facultades

des intelectuales y sexuales, lo serena. Aquí se encuentra concentrado su método: extrapolar sobre la base de su caso particular una doctrina de pretensión universal. Digámoslo con una fórmula más trivial: *tomar su caso por una generalidad*.

La lectura de la correspondencia con Fliess, un gran archivo oculto durante mucho tiempo, publicada en un primer momento bajo la forma de fragmentos escogidos mientras se ponían a buen resguardo las posiciones teóricas extravagantes, muestra a un Freud en las antípodas de la postal que lo presenta como un científico que procede de manera experimental y traza con mano firme un surco hacia los descubrimientos que no puede no hacer, porque lleva en sí el tropismo del sabio destinado a cosas mayores.

En esas cartas descubrimos a un Freud que anda a tientas, vacilante, capaz de afirmar una cosa y después su contraria; arrebatado un día por su descubrimiento de una psicología científica, quema al día siguiente ese hallazgo ayer genial y revolucionario, convertido —él mismo lo confiesa— en una tesis sin interés. Vemos allí a un Freud que somatiza todo, del forúnculo en el escroto a las migrañas recurrentes, de la miocarditis al tabaquismo furioso, de sus fracasos sexuales a sus trastornos intestinales, de la neurosis al mal humor, del alcohol mal tolerado al hábito de la cocaína, de su fobia a los trenes a su angustia por carecer de comida, de su miedo a morir a sus muchas supersticiones enfermizas.

Para terminar, en esa correspondencia verificamos la obsesión por el éxito, el dinero y la fama que día tras día le corroe el alma: ¿qué hacer para ser un científico reputado? El 12 de junio de 1900 escribe a Fliess: “¿Puedes creer que algún día, en esta casa, se leerá en una placa de mármol que aquí, el 24 de julio de 1895, el sistema del sueño le fue revelado al doctor Freud?”. Aquí tenemos, pues, una doble información: el fantasma de la celebridad que lo atenaza y la idea de que sus teorías procederían de una *revelación* y no de lecturas, trabajos, reflexiones, cruces con hipótesis de otros investigadores, asimilación crítica de la literatura sobre el tema, deducciones, constataciones clínicas, acumulaciones de pacientes experimentaciones...

Ése es por tanto el imperativo metodológico, y se entiende que motive aquel primer auto de fe de 1885: borrar todo lo que muestre la producción histórica de la obra, suprimir cualquier posibilidad

de una genealogía inmanente de la disciplina, prohibir lo que no sea la versión querida e impuesta por Freud; no un devenir histórico, sino una epifanía legendaria. Como sucede con frecuencia en casos similares, la fábula comienza con un nacimiento milagroso. ¿El psicoanálisis? Surge del muslo de un Júpiter llamado Sigmund Freud, completamente armado y con casco incluido, resplandeciente y centelleante bajo un sol vienés de fin de siglo.

Ese deseo de no ver a los biógrafos laborar en las trastiendas de su aventura lo lleva a teorizar la imposibilidad de toda biografía. Después de reírse en la carta a su novia del apuro en que pone a esos biógrafos aún no nacidos, expone un alegato *pro domo*: “No se puede ser biógrafo sin comprometerse con la mentira, el disimulo, la hipocresía, la adulación, por no mencionar la obligación de enmascarar la propia incomprensión. La verdad biográfica es inaccesible. Si tuviéramos acceso a ella, no podríamos hacerla valer” (18 de mayo de 1896). La cosa está clara: la biografía es una tarea imposible en sí misma y por eso, para confirmarlo, ¡hagámosla imposible en los hechos! Y además, esta ambigüedad: la tarea es imposible, pero lo sería porque no podemos hacerla valer. ¿Por qué razones? ¿Acaso él, Freud, se prohíbe la aventura de la biografía cuando se trata del presidente Wilson?

No hay duda alguna de que el biógrafo mantiene con su tema una relación singular, a menudo de identificación; de que lo característico de una vida es haber sido compleja, enredada; de que algunos hacen, en efecto, un uso abundante del disimulo, la confusión de las pistas; de que otros, en vida, escriben la leyenda con el propósito de enturbiar su historia; de que los testimonios de los sobrevivientes se tejen de sueños y ensueños, anhelos y recuerdos modificados; de que la envidia y los celos están presentes aun en los *amigos* más fieles, convocados algún día a testimoniar; de que los textos autobiográficos actúan con frecuencia como embustes útiles para desviar la atención hacia lo accesorio con el fin de mantener lo esencial al abrigo de las miradas, y de que la empresa es difícil, casi siempre aproximada. Pero la dificultad de la tarea no veda la iniciativa. ¡Tendría poca gracia que, más que nadie, Freud, que invitaba a psicoanalizar a los filósofos, prescribiera para otros una posología que rechaza para sí! No sería el primero, sin embargo... Freud, el freudismo y el psicoanálisis no suponen la epifanía legendaria: la empresa biográfica puede y debe mostrarlo.

Que Freud haya enredado adrede la madeja, mezclado deliberadamente las pistas, borrado a sabiendas las huellas, teorizado la imposibilidad del asunto, falsificado los resultados de sus descubrimientos y practicado casi todo el tiempo la licencia literaria ocultándose detrás del pretexto científico; que haya destruido cartas y procurado recuperar las más peligrosas, que amenazaban el brillo de su leyenda: todo esto es, muy por el contrario, lo que hace interesante la tarea. La biografía intelectual de Freud se confunde con la biografía intelectual del freudismo, que engloba, como es obvio, la biografía intelectual del psicoanálisis.

Su carta a la novia habla de mentiras, disimulo e hipocresía. Parece una confesión enmascarada de lo que lo atormenta a él mismo. Puesto que, de hecho, las leyendas impuestas por los hagiógrafos —Ernest Jones el primero, con su suma de mil quinientas páginas titulada *Vida y obra de Sigmund Freud*— hacen imposible la biografía: a tal punto obró el doctor vienés para imponer su leyenda, sus fábulas, sus narraciones literarias, sus mitos y sus quimeras. Esa biografía sirvió de matriz a muchas otras, todas las cuales duplican a más no poder las postales del exhibidor freudiano.

Mantendré a la misma distancia las hagiografías y las patografías: las primeras se proponen regar la planta sublime, y las segundas, arrancar la vegetación venenosa. Deseo mostrar, más allá de las postales, que *el psicoanálisis es el sueño más elaborado de Freud*: un sueño, y por tanto una fabulación, un fantasma, una construcción literaria, un producto artístico, una construcción poética en el sentido etimológico. Propongo asimismo mostrar los basamentos preponderantemente biográficos, subjetivos, individuales del freudismo, pese a sus pretensiones de universalidad, objetividad y científicidad. No me sitúo en el terreno de una moral moralizadora que juzgara que la mentira freudiana (comprobada) conduce en línea recta a la necesidad de un auto de fe de Freud, de sus obras, de su trabajo y de sus discípulos.

Conforme al principio de Spinoza, *ni réir ni llorar, comprender*, mi perspectiva es la de Nietzsche, más allá del bien y del mal. Propongo la deconstrucción de una empresa, como podría deconstruirse una sonata de Anton Webern, una pintura de Kokoschka o una pieza teatral de Karl Kraus. Freud no es un hombre de ciencia, no produjo nada que esté en la órbita de lo universal, su doctrina es una creación existencial fabricada a medida para vivir con sus fantasmas, sus obse-

siones, su mundo interior, atormentado y estragado por el incesto. Freud es un filósofo, lo cual no es poca cosa, pero él mismo recusaba ese juicio, con la violencia de aquellos que, a través de su ira, señalan el sitio preciso: el del dolor existencial.